

extrangeras ó lisonjear á la nuestra, pues estamos convencidos de que Dios distribuye sus dones, que el pueblo que cree monopolizarlo todo solo monopoliza su ignorancia y vanidad, y por otra parte el triple don de la sensatez, buen gusto y universalidad nos parece una dotacion mas que suficiente, sobretodo si se considera que el tiempo perfecciona y pulimenta la sensatez y buen gusto, mientras que la imaginacion se marchita y agota. Así los atributos literarios de la Francia son los que prometen mayor porvenir á nuestro país, destinado por la naturaleza á heredar los tesoros intelectuales de Europa.

XIII

Este carácter de universalidad prodigiosa en las razas que compusieron poco á poco la universalidad francesa, fué necesariamente un obstáculo á la pronta formacion de una literatura nacional. En efecto, durante siglos nuestra literatura, no pasó de informes tradiciones pertenecientes á hordas errantes. ¿Y cómo podian ver la luz monumentos literarios, cuando ni siquiera existia una lengua? En efecto, hablábase latin, celta, normando, italiano, español, árabe, aleman, breton, provenzal, languedociano; y de todos estos idiomas mal comprendidos y peor fundidos, resultó una gerigonza semi-

bárbara, que no podia servir de forma lógica y vehículo á un pensamiento literario. Si las ideas forman las lenguas, como ya lo hemos dicho al principio de nuestras conversaciones, las lenguas forman recíprocamente las ideas; y cuando falta la palabra muere el pensamiento, ó nace embrollado y confuso. Así los que pensaban y sentian con mayor energía y profundidad, no sabian que lengua hablar. Los oradores cristianos predicaban en latin, mientras que los primeros poetas cantaban en idioma toscano, ó en ese dialecto italiano llamado lengua romana, ó en el dialecto del Languedoc, ó en lengua céltica corrompida, resultante del idioma hablado en ambas Bretañas y en el país de Gales. Ya procuraremos trazar una breve reseña de las primeras novelas en verso publicadas en nuestro país, y de esos informes partos de poetas sin lenguas que encomian desmesuradamente algunos críticos al darlos como Homeros y Tasos desconocidos, mientras que en nuestro concepto no pasan de bardos rústicos que recitan en dialecto rimado las leyendas populares, mezclando el elemento maravilloso de las *Mil y una Noches* con las fabulosas hazañas de Rolando y afectadas galanterias de los poetas de la baja Italia, precursores del Ariosto; en otros términos hablaremos de literatura ambulante, medio de seduccion para los trovadores en los castillos y de sustento de los romanceros en las veladas de las cabañas, literatura que podia ser ingénua pero seguramente desprovista de genio. En efecto, éste no precede á las lenguas por mas que

opinen lo contrario ciertos críticos que andan errados, pues basta un maduro examen para convencerse de que los pueblos forman los idiomas, si bien las consagran los escritores egregios. Cuando Dante escribió su poema toscano en Italia, podeis estar seguros de que Florencia poseía su idioma antes de su poeta.

XIV

Ahora bien la literatura francesa, tan tardía en despuntar, en términos que podemos decir que apenas data de ayer, pues dos siglos para una literatura es un período insignificante, tropezó apenas vió la luz con un escollo, como fué la pluralidad de lenguas, ó mas bien la diversidad de dialectos entre los cuales tuvo que optar. Así (y no perdais de vista este hecho que nos explica la poca originalidad de que justamente se moteja á la literatura francesa), cuando le fué necesario elegir definitivamente su idioma, esto es, cuando bajo los Valois la nacion se halló bastante compacta y culta para tener una literatura, entónces, en el apuro de escoger en tan desastrosa abundancia, prescindió de todos esos dialectos y avortos informes de literatura romana, céltica y languedociana que hubieran podido comunicarle un carácter mas original, mas libre, mas adecuado á sus ideas, costumbres y elima, y se valió del latin,

tronco comun si bien sepultado de todas esas hablas corrompidas.

Naturalmente esta eleccion acarreó la pérdida de su originalidad, pues al pronunciarse por las lenguas de Atenas y Roma, bellos modelos sin duda alguna, la Francia adoptó forzosa y simultáneamente la índole de las literaturas procedentes de ambos idiomas antiguos; en otros términos se plegó á la imitacion, azote de las literaturas originales.

¿Fué un bien ó un mal ese carácter servilmente imitador de los idiomas muertos, en la literatura francesa naciente? Curioso es este problema cuyo exámen y resolucion aplazamos para ocasión mas oportuna, si bien no podemos menos de insinuar de paso, y á pesar de nuestros instintos, que fué una ventaja.

Seguramente perdió no poco la literatura francesa bajo el punto de vista poético, en lo tocante á la sencillez, verdad y originalidad espontánea. Así Corneille y Racine son mas griegos y latinos que franceses, y el mismo Bossuet es mas hebraico que galo. Dos siglos fueron malgastados en imitar servilmente las literaturas helénica y romana, en menoscabo de todo vuelo original y con ináuditos esfuerzos; pérdida que no puede menos de deplorar la posteridad, al ver á tan excelsos ingenios consumirse y extenuarse en ser reflejos y satélites de literaturas apagadas, en vez de faros resplandecientes de la idea autóctona.

Pero por otra parte es necesario convenir que si

la imitación, primitivamente pueril y mas adelante libre de dos idiomas tan bien contruidos, tan racionales, tan maduros como el griego y el latin, procedentes casi por entero del sanscrito, origen comun de todas las lenguas, puede haber sido un trabajo perdido para los poetas y escritores, no debe haber sucedido así con nuestra lengua francesa, la cual, al amoldarse sobre idiomas hechos y casi perfectos, debió forzosamente contraer una pujanza de construccion, una solidez de armazon, un vigor por decirlo así muscular, un rumbo gramatical, trillado y seguro, una propiedad exquisita del verbo, una lógica inteligente sobremanera, una claridad en los giros y una abundancia de palabras definidas con toda precision, sin contar otras dotes cuyo conjunto la constituye, en la actualidad, uno de los mas perfectos instrumentos para formar, diseminar y propagar en los siglos remotos el espíritu de un pueblo.

Así consolémonos de ser oriundos de esos dos ó tres siglos que perdieron aparentemente el tiempo en calcar lenguas difuntas, cuyas literaturas preciosamente conservadas, nos ofrecen en sus sarcófagos un material excelente como son sus osamentas; revistámolas de nueva carne, infundámosles nuevo espíritu, y gracias á nuestros antepasados imitadores, habrémos conciliado los dos mas bellos elementos de una literatura perfecta, los idiomas antiguos y el pensamiento moderno. Si nuestros poetas y escritores se fatigaron en vano personalmente, no quedaron esté-

riles sus afanes, pues hay que considerar que dotaron de un idioma á la nacion, á nosotros sus pósteros tocando volver á la lengua que nos legaron ese carácter de originalidad, no pueril como en tiempos de antaño, sino ese carácter viril que cada pueblo halla, tarde ó temprano, en la época de su madurez.

Este triple carácter como ya lo hemos dicho, estriba en la sensatez, el buen gusto y la universalidad.

XV

Sin asociarnos á ese desden blasfematorio que, hace algunos años manifestaron los literatos de la escuela llamada romántica contra el siglo de Luis XIV, no podemos disimular esa tendencia servil á la imitación de los Griegos y Romanos, que desde Malherbe guió y encadenó á la vez el genio literario de nuestro país.

El infame cínico Rabelais, Aristofanes galo, fabricó una lengua con lodo, como la antigüedad se imaginaba una Venus formada de la espuma del mar; mientras que el escéptico Montaigne y el cándido Amyot rejuvenecian el griego y el latin acimatándolos en la tierra francesa. Al mismo tiempo el audaz Ronsard avortaba una poesia nacional mas libre, mas salada y mas francesa que la poesia que andando el tiempo nos vino de Atenas y Roma.

Poco faltó para que estos prosadores y poetas imprimiesen al idioma, á las ideas y á los versos, ese sello de originalidad cuya falta se nota ulteriormente en nuestra literatura. Ya hemos dicho lo que opinamos de esta frustracion de carácter propio é individual, accidente funesto para nuestra gloria inmediata, pero seguramente una felicidad real para nuestro genio futuro. Sin ese aborto aparentemente nefasto, nuestra gloria literaria hubiera sido mas prematura, pero al mismo tiempo menos universal y menos consolidada. La ingenuidad del estilo galo hubiera seguramente producido obras maestras de gracia, de candor, de zalamería, si es licito decir así; pero á la lengua y al estilo hubiera deparado cierta puerilidad irremediable, á cuya consecuencia se hubiera visto despojado el genio francés de la madurez, magestad y fuerza que le eran necesarias para hablar al universo, ora en el pulpito sagrado, ora en la tribuna política, ora en la escena teatral, ora en páginas líricas, ora en didáctica prosa.

Os magna sonaturum; boca predestinada á hablar con noble acento de cosas sublimes.

Así ingratos seríamos si nos quejásemos de una calamidad aparente, sin la cual hubiéramos tenido á Rabelais, Montaigne y Ronsard, pero no probablemente á Bossuet, Pascal y Mirabeau.

XVI

No podemos menos de ofrecer estas consideraciones consolatorias á los que, como los románticos, deploran que la literatura francesa, pronta á abrirse y florecer en aquella época, hubiese de repente abdicado su nacionalidad absorbiéndose en la imitación supersticiosa de la antigüedad. Fuera de esto convenimos con estos señores, que la mayor parte de nuestros escritores y poetas del gran siglo que engrie nuestro orgullo, hayan sido poco Franceses y ecos de Atenas y Roma.

Así Malherbe imita á Píndaro, sin tener sus alas.

Boileau reproduce á Horacio salvo la gracia del poeta latino, y es tan solo original en el *Lutrin*, folleto chistoso en sumo grado, pero que no pasa de una fruslería jocosa y mordaz, y por ningún título acreedora al título de monumento literario. En efecto, una nación que se respeta no puede fundar su poesía en libelo chocarrero, pues el elemento grave es uno de los constituyentes del bello ideal. La humanidad es algo mas que una bufonada, y errado andaría quien se imaginase que el hombre nació para reír en este mundo.

Romano por su estilo varonil, pero Romano de Iberia, el gran Corneille, aun mas que á Séneca

imita á los Españoles. Grandioso á la vez y enfático, sus páginas respiran á la vez el heroísmo hazñoso y el tono baladron del Matasiete. Corneille es todo cuanto se quiera, salvo Francés, pues entre los numerosos títulos que lo constituyen digno de los mayores loores, no cuenta la congruencia, la sobriedad, la naturalidad que distinguen la nacion en que vió la luz. Supongamos en efecto que de aquí á mil años halle la posteridad, en una catacumba, un tomo de Corneille; ¿á quién podrá ocurrírsele que compatriota fué de La Fontaine, Molière y Boileau, ese poeta hinchado como un Castellano, conciso como un Latino, sublime como un Africano, pomposo como un Gascon, dialéctico como un Ingles?

Racine imita, ó por mejor decir, reproduce á los trágicos griegos Eurípides y Sófocles, al paso que en su comedia de los Litigantes, sigue á Aristófanes hasta en la escena grotesca de los perrillos. No obstante, es necesario convenir que imita de un modo magistral, esto es, transformando al cómico ateniense. El autor de Fedra y Atalia es tan cadente y meliflúo, que parece resonar nuestro idioma en sus páginas como música continua, mediante la combinacion íntima de la armonía é imagen, que dan á la palabra la magia de la melodía, y á la melodía el sentimiento de la palabra. Imitador en el armazon dramático, es original en la lengua, de modo que la poesía y el poeta se encarnan en el mismo nombre. Grandioso como el de Homero,

puro y cristalino como el de Virgilio, su verso se desliza fluido y radiante; y, á menos de sobrepujar á la misma naturaleza, nadie conseguirá exceder su dición untuosa, su gala poética, su balsámica dulzura.

Pero si griego se muestra en Andrómaca, latino en Británico y en Fedra, en Atalia se muestra francés. ¿Porqué? Porque su entusiasmo se funda en su propia religion, que hasta aquel entónces le habia inspirado tan solo himnos. Atalia es la obra maestra incomparable de la escena francesa y de todas las escenas del orbe, cuyo análisis circunstanciado, reservado para ocasion mas oportuna, os convencerá de que esta produccion sublime y única en su género, puede competir gloriosamente con todas las epopeyas y dramas de India, Grecia ó Roma, y merece ser denominada el Partenon de las literaturas modernas. Despues de haber imitado treinta años, el Fidias de la poesía francesa se aventura por fin á erigir este monumento literario; y al firmarlo, inmortalizó para siempre el nombre de la Francia. En efecto Racine produjo Atalia como Fidias el Partenon, pues si la ciudad de Minerva podia justamente engreirse de haber producido al príncipe de los escultores, á la Francia cabe la gloria de poseer el príncipe de los poetas; y la nacion que produjo tan sublime tragedia, aun cuando no poseyese mas de estos mil y quinientos versos, podria intitularse justamente el primer país literario de Europa.

Desgraciadamente esta obra maestra es única en

su género, y, construida con materiales bíblicos, sus dimensiones no igualan á su belleza. Mas tambien es reducido el ámbito del templo de Teseo en Atenas, lo que no le impide ser el modelo sin igual de los edificios, pues la belleza en las obras no se mide sino se siente, y la sublimacion del espíritu es la medida de la grandeza. Los sentimientos producidos por Atalia son grandes, como los del templo de Salomon, lleno de la presencia de Jehova. Si el Dios de Israel no estaba contenido en el templo, su espíritu habitaba en su recinto é inspiraba á los ánimos religiosos. Tal sucede con el genio poético de Racine, genio que si bien no está contenido en Atalia, se halla manifestado en su originalidad, en su magestad y en su poder. Compadezcamos á los que no respiran la inmortalidad en tales versos.

XVII

Imitador de los profetas hebráicos y profeta él mismo, Bossuet infunde á la lengua la elevacion, la autoridad, la antigüedad, y á veces la divinidad del Antiguo Testamento. Su genio sublime esculpe en nuestra lengua, como si fuera de bronce, las ásperas imágenes del idioma hebreo, cuyo acento parece resonar en la voz del colosal sacerdote. Sus dedos pujantes manejan la lengua francesa ama-

sándola para la elocuencia sagrada y abriendo en su seno un cauce para la epopeya histórica. Miguel-Angel de la palabra, nuestro idioma se eleva imponente en sus paginas, frusto, titánico, con un terror y magestad que recuerda la fulminante voz de los profetas.

XVIII

Fenelon imita á Homero, Virgilio y Platon como un vestido cuya flexibilidad envuelve y amolda los miembros. Eco melodioso de la antigüedad poética y ministro del culto cristiano, comunica á las doctrinas evangélicas el fermento inefable de su propio genio, la poesía ideal de su platonismo balsámico, lo vago de su fantasía, la melancolía de su corazón, afeminando por su gracia excesiva y plenitud de sentimientos la lengua templada como el acero por la voz de Bossuet, si bien volviéndola mas maleable y propia á las tiernas efusiones de piedad, de mística unción y amor divino.

Pascal no reconoce modelo, porque nada halla en la antigüedad que merezca ser imitado. Salvo la India completamente desconocida en aquel entonces, ningun genio de los siglos remotos llegó á ahuecar tan profundamente como el filósofo francés la naturaleza humana; así ninguno hubiera sospe-